

EL ORINOCO ILUSTRADO EN LA EUROPA DIECIOCHESCA

Andrés Castro Roldán
Universidad de Nantes, Francia
castro.roldan@neuf.fr

RESUMEN

El presente artículo estudia el fenómeno de la lectura en la Europa del siglo XVIII, a partir del caso del *Orinoco ilustrado* (1741-1745), del jesuita español José Gumilla. Se trata de una primera contribución al estudio de la recepción y la circulación de esta obra, a través de las múltiples lecturas que de Gumilla hicieron sus contemporáneos en España, Francia y los Países Bajos. El objetivo es poner esta obra en el contexto de su época, tanto desde el punto de vista literario como de la historia de las ideas, y subrayar cómo la ambigüedad de la producción y la recepción del libro tienen mucho que ver con el proceso histórico de la Ilustración, tan complejo como la obra misma.

Palabras clave: José Gumilla, jesuitas, Ilustración, siglo XVIII, historia de la ciencia.

ABSTRACT

This article studies the reading process phenomenon during the European Enlightenment through the case study of *El Orinoco ilustrado* (1741-1745), written by José Gumilla, a Jesuit from the Kingdom of New Granada. It is the first contribution to the study of reception and circulation of the work of this Spanish missionary by means of the multiple interpretations of contemporary readers in Spain, France and the Netherlands. The main objective of this paper is to understand the book in the context of its time, from a literary point of view as well as from the standpoint of history of ideas. It also underlines how the ambiguity of the reception process, definitely as ambiguous as the work itself, is related to the historical progress of the Enlightenment.

Key words: José Gumilla, Jesuits, Enlightenment, history of science.



El Orinoco ilustrado es una de las obras literarias más curiosas del siglo XVIII americano. Su autor, el jesuita José Gumilla (1686-1750), fue enviado a los 29 años como misionero a la Orinoquía, donde permaneció 23 largos años en medio de las penurias propias de una misión difícil, sorteando todas las dificultades de un territorio que aún hoy puede parecerse inhóspito y que por entonces era más que desconocido, no solo para los neogranadinos, sino también para los europeos, quienes ignoraban todo sobre su historia y su geografía. Curtido en estas experiencias, el misionero es enviado al Viejo Mundo en 1738 a representar su provincia americana.

Durante los cinco años de su permanencia allí, Gumilla descubre el mundo ilustrado y escribe lo que, al contacto con la erudición eclesiástica, con la efervescencia de los salones y con el rigor intelectual de las academias, sería *El Orinoco ilustrado*. Desde 1741, año de su primera edición, este libro se convirtió en una referencia obligada de geógrafos y científicos para esta parte de América, y suscitó la curiosidad no solamente del público culto, sino también la de filósofos y académicos de toda la Europa ilustrada. En un principio la intención del autor fue misionera y política: dejar un testimonio de su experiencia que sirviera como punto de partida a futuras generaciones de misioneros y dar a conocer la potencialidad de las riquezas de este nuevo río para futuros proyectos de colonización. Pero poco a poco el contacto con la Ilustración fue generando en el autor nuevas preguntas que, sumadas a su intención inicial, transformaron su obra, dándole un carácter más heterogéneo.

Fue así como *El Orinoco ilustrado* mezcló cuestiones que hoy por hoy nos parecen completamente contradictorias: la elegancia literaria del ensayo renacentista con la retórica seca de la disertación científica; la lógica teológica con el empirismo científico; la ternura apostólica con la descripción etnográfica; la maravilla de lo inexplicable con la explicación razonada de los fenómenos naturales. Todo esto aparece en Gumilla como en una especie de *Summa* del Orinoco que merece muchas lecturas atentas para entender a cabalidad la riqueza de su contenido. Muchos académicos han estudiado el carácter científico y literario de la obra dentro del contexto político e histórico de la época. Este artículo presenta una primera contribución

al estudio de su recepción y su circulación en el mundo erudito y literario de la Europa ilustrada. Al hacer esto mi objetivo es explicar cómo la ambigüedad del proceso de recepción de la obra tiene mucho que ver con el de su producción, surgida de dos experiencias (el Orinoco colonial y la Europa ilustrada), cuya convergencia resulta tan ambigua y compleja como la obra misma.

Miremos, pues, quiénes leen a Gumilla y de qué manera lo hacen. Teniendo en cuenta los hábitos de lectura de la época, los medios de circulación de los textos, las posturas ideológicas y políticas de cada tipo de lector y los lugares de divulgación de la obra, nos hemos encontrado, esencialmente, con dos tipos de lectores.

El primero es el lector erudito, sea este eclesiástico, docente, académico o filósofo independiente. Si bien se puede decir que durante el siglo XVIII el estado eclesiástico es aún un camino de acceso importante hacia la vida intelectual, es cada vez más palpable la influencia de una élite ilustrada, burguesa, autónoma, muchas veces hostil al mundo clerical y a las ideas que este moviliza. La divergencia entre el mundo erudito de la ciencia y el mundo culto o letrado parece inscribirse cada vez más en esta ruptura sociológica: el rol del intelectual está asociado a esta *intelligenzzia* burguesa y a su autonomía de juicio, mientras que la cultura del mundo clerical aparece cada vez más apegada a los privilegios nobiliarios, a la cultura humanista de las letras, cada vez más reaccionaria a los postulados científicos del racionalismo o, en el mejor de los casos, relegada a la pedagogía y la vulgarización de las novedades comúnmente aceptadas o menos perturbadoras del *status quo*. Se encuentran, sin embargo, excepciones notables, como el caso de fray Martín Sarmiento o el de fray Benito Feijoo, en España, o los de los abates Prévost, Raynal, Pluche y Saint-Pierre, en Francia.

El segundo tipo de lector lo integra el público culto: hombres curiosos, mujeres de la aristocracia, funcionarios, artistas, miembros de las clases superiores para quienes el trato en sociedad y los viajes son elementos esenciales de cultura. Tradicionalmente y durante gran parte de la edad moderna leer implica, necesariamente, escribir. Es un hábito activo, crítico,

reservado a los letrados humanistas que movilizan el conocimiento para crear nuevo conocimiento. Sin embargo, el Siglo de las Luces opera un interesante desplazamiento de los hábitos de lectura que va de la erudición exhaustiva a la cultura de las letras, del saber elitista al popular, de una circulación restringida a una divulgación más amplia del conocimiento. La rápida circulación de los escritos permite la multiplicación exponencial del saber y facilita su diversificación. Así mismo, genera nuevos tipos de lectores. Algunos académicos denominan esta mutación “la revolución de la lectura”. Siguiendo a Reinhard Wittmann, se trata del:

[...] paso de una lectura intensiva y repetitiva de un pequeño canon de textos familiares y normativos, que eran retomados y comentados y que permanecían siempre los mismos durante toda una vida (textos religiosos en su mayoría y principalmente la Biblia) a una práctica de lectura extensiva, de textos nuevos y diversos que permitían al lector informarse o distraerse. (357)

Dentro de los procesos de lectura del público culto, los publicistas, los libelistas o los periodistas, traductores o vulgarizadores de las ideas nuevas, juegan un papel fundamental. Son la cara de la moneda más interesante del lector culto, por oposición al erudito; justamente por ser los encargados de producir y divulgar los textos y encarnar los gustos del público. Aunque no son los únicos que han dejado testimonio de la recepción de los libros y de las ideas que contienen, son, acaso, el mejor termómetro de la recepción literaria y de la naciente opinión pública.

La otra cara de la moneda es la de aquellos lectores cultos para quienes la manera de apropiarse de lo leído no necesariamente fue a partir de un ejercicio de escritura, sino mediante una oralidad renovada que discutía sobre lo actual y lo novedoso. Estos lectores replicaron y discutieron en los salones los conocimientos adquiridos en la lectura de novedades, y participaron en la divulgación de las obras haciendo lecturas públicas. En fin, hemos de mencionar al ancestro del lector ordinario, aún excepcional en el siglo XVIII, que solo busca en los libros evasión y distracción. Su lectura es ocular, introspectiva, solitaria. De estos dos tipos de lector no podemos hablar más que en términos sociológicos, pues sobre casos específicos, a menos que se trate de un texto canónico, son pocos los rastros escritos

que se pueden obtener, a no ser por el sondeo de las bibliotecas particulares de cada lector. Estas dos caras del lector culto constituyen la dialéctica misma del proceso de lectura, dialéctica que terminará afectando la propia recepción erudita.

Aunque durante el siglo XVIII las fronteras entre recepción culta y erudita son aún tenues, como es tenue la frontera entre ciencia, literatura y filosofía, es posible identificarlas y diferenciarlas. Por regla general estos dos tipos de lectores corresponden a las dos formas de recepción que hemos encontrado: la de autores reconocidos que leen en el original o en la traducción las noticias e ideas de Gumilla, y la de los gacetistas o memorialistas que se encargan de difundirlas a un público más amplio en periódicos y revistas. El rol de estos medios de difusión en la formación de esta “revolución” y, particularmente, el de la incorporación de los estereotipos propios de un “exotismo cosmopolita” en un lectorado extendido no han sido suficientemente estudiados para el caso de los relatos de viaje, aunque sabemos, por los trabajos de Daniel Mornet, M. M. Chinard y Atkinson, la importancia que tuvieron en la difusión de las Luces entre los filósofos (Duchet, *Anthropologie* 65). Independientemente de la postura ideológica tanto de autores como de memorialistas —ya se trate de los jesuitas o de los abanderados del materialismo—, todos, sin excepción, contribuyeron a la divulgación y la circulación de las nuevas ideas científicas, y, especialmente, a forjar una nueva visión antropológica del mundo conocido. Tratándose de los jesuitas, las cartas edificantes y las relaciones de los misioneros cumplieron un rol decisivo tanto entre el público culto como entre los filósofos y los eruditos. Entre estos últimos mencionemos solamente la preponderancia de obras de viajeros y misioneros dentro del acervo de las bibliotecas particulares. Entre las más consumadas encontramos la de Voltaire: sin lugar a dudas, una de las más completas y actualizadas en materia de viajes y relatos de países extranjeros (Duchet, *Anthropologie* 68). Para el caso particular del *Orinoco ilustrado*, solo hemos encontrado su rastro en las bibliotecas particulares del Barón D'Hollbach y de Cornelius de Pauw, dos de los grandes propagadores de las nuevas ideas antropológicas, y en quienes, como veremos más adelante, repercuten las noticias de Gumilla.

A esta tipología de lectores deben añadirse las diferencias ideológicas y políticas propias de cada país. En España la obra de Gumilla es muy bien acogida y discutida; esencialmente entre la inteligencia madrileña, conformada por eclesiásticos e ilustrados moderados. En Francia, aunque la obra cuenta también con lectores científicos, como La Condamine o Buffon, o con filósofos como Diderot y Raynal, el fenómeno inicial de su recepción se debe, en gran medida, a las estrategias de propaganda de la Compañía de Jesús. Se trata aquí de una recepción más amplia y literaria, y, por ende, más difusa y difícil de estudiar, que gravita entre la curiosidad y el exotismo. En cuanto a los Países Bajos, donde la divulgación científica y filosófica es más libre que en Francia, retendremos esencialmente las lecturas eruditas más destacadas, y en particular la del abate Cornelius de Pauw, que cierra este estudio. Durante el siglo XVIII su importancia en la difusión de las primeras ideas científicas sobre el hombre americano es grande. Veremos hasta qué punto Gumilla influencia la obra de este abate holandés.

Antes de mirar en detalle la aparición de las dos primeras ediciones del *Orinoco ilustrado* y los ecos de su recepción, detengámonos un momento en la situación de la Ilustración española en la década de 1740, un entorno desde el cual nuestro jesuita pensó y escribió su obra. Aunque las ideas científicas y filosóficas del empirismo y del racionalismo materialista pasaron también a la Península, la mayor parte de la élite ilustrada practicó lo que Joel Saugnieux denomina “el cristianismo ilustrado”; es decir, una forma de racionalismo moderado, que no es, como en el caso de Francia y de los Países Bajos, totalmente hostil a la fe y a la religión católica. Por el contrario, y como lo señala este historiador, “las luces y la religión, la fe y la razón no fueron siempre contradictorias y muchos fueron los que, tanto en la Iglesia como fuera de ella, pretendieron seriamente conciliarlas” (15). No se trata solamente — como lo señalaba todavía hace algunos años Pierre Chaunu, despreciando y simplificando la complejidad del movimiento ilustrado español — de “procurarse contra la Inquisición todas las audacias jansenistas y precríticas del siglo XVII francés” (285). Tanto reformadores como eclesiásticos reciben el eco de las nuevas ideas: así lo prueba la lucha

del benedictino Feijoo por erradicar la superstición, o la asimilación del pensamiento de Newton por fray Martín Sarmiento. Aunque para algunos académicos (entre ellos, Albert Dérozier) “hay un despertar tímido, disperso y errático de un pensamiento dirigido a la divulgación de la reflexión, el análisis y la exaltación de la verdad” (346), lo cierto es que existe un desarrollo muy importante en el terreno cultural; particularmente en las letras, la historia, la poesía, la gramática y la lingüística. Ello lo prueban algunos logros institucionales, como la creación de la Real Academia Española (1713), del Real Seminario de Nobles de Madrid (1726), de la Academia de la Historia (1735-38) y de la Academia de Bellas Artes de San Fernando (1744). Según Puig-Samper, hay un giro en 1737 con la publicación de la *Poética*, de Ignacio Luzán; los *Orígenes de la lengua española*, de Mayáns, y la aparición del *Diario de los literatos de España*: “Pocos años después —explica este historiador—, entraba en la escena de los vindicadores de la modernización científica Andrés Piquer, con su *Física moderna, racional y experimental* (Valencia, 1745) y su *Lógica moderna* (Valencia, 1747)” (99).

Aun así, la hostilidad hacia las nuevas ideas es latente; lo es incluso en un Luzán. Elegido secretario del embajador en París en 1747, el poeta español reprueba todavía el desdén que en París se observa hacia Platón y Aristóteles, y condena el abandono de la metafísica en beneficio de las ciencias de la naturaleza, a las cuales considera peligrosas para la religión:

Un ingenio agudo y ayudado con algunas especies leídas —escribe por estas fechas— abraza con facilidad un pensamiento nuevo y a medio digerir le aborta, le adorna y le traslada al papel y a la Imprenta. La misma Religión no está segura de estos assaltos repentinos. (125)

La aseveración de Luzán da el tono general y representativo del pensamiento ilustrado español. Y Gumilla no es una excepción. Su libro es, en efecto, un intento por conciliar la sabiduría indígena, la escolástica propia de su *background* religioso y los avances científicos que el empirismo ha permitido desarrollar en las ciencias naturales. Por un lado, Gumilla se empapa de novedad leyendo a autores procientíficos, como Feijoo y fray Martín Sarmiento; y, por el otro, sigue de cerca la influencia moderada

de la *intelligenzzia* madrileña. Desde su regreso a Europa, en 1738, Gumilla cuenta con la ayuda incondicional del jesuita José Cassani: por así decirlo, su editor. Cassani es por entonces uno de los autores jesuitas más influyentes de Madrid. Polígrafo experto, miembro consultor del Tribunal de la Inquisición para la censura de libros, el jesuita es, así mismo, fundador e impulsador de la Real Academia Española.

El *Orinoco ilustrado* fue publicado en 1741 por Manuel Fernández, impresor madrileño de algunas de las obras de Cassani, miembro de la Cámara Apostólica (Inquisición) y librero “frente la Cruz de Puerta Cerrada”. Fernández, y más tarde su viuda, publicaron durante el siglo XVIII un sinnúmero de obras piadosas, panegíricas y teológicas, así como varias obras históricas de autores jesuitas. Entre las más destacadas se encuentran la *Relación historial de las misiones de los indios, que llaman Chiquitos*, del padre Juan Patricio Fernández (1726); la *Historia de la Compañía de Jesús de la Provincia del Paraguay*, por el padre Pedro Lozano (1755); una edición de *San Francisco Xavier Sus Cartas, en que se deja ver... su fervoroso espíritu... y un ardiente amor de la virtud, y un implacable odio de los vicios* (1752), así como una traducción de las célebres *Cartas edificantes y curiosas escritas de las misiones estrangeras*, traducidas del francés por el padre David Madrid (1754-1767). Sin embargo, el libro se inscribe mucho más dentro del movimiento ilustrado, y en este sentido opera una distancia en relación con la tradición jesuita. Tan solo el título resume el enfoque que Gumilla quiere dar a su obra: *El Orinoco Ilustrado, Historia Natural, Civil, y Geographica de este Gran Rio, y de sus caudalosas Vertientes: Gobierno, usos y costumbres de los indios sus habitantes, con nuevas, y utiles noticias de Animales, Arboles, Frutos, Aceytes, Resinas, Yervas y Raíces medicinales; Y sobre todo, se hallarán conversiones muy singulares a N. Santa Fe, y casos de mucha edificación*. El uso de la voz *ilustrado* es ya muestra de la voluntad de incluir el libro en el contexto del Siglo de las Luces:

Este agregado de noticias, escribe el autor en el prólogo con humilde elegancia, dara motivo para que el Gran Rio Orinoco, hasta aora casi desconocido renazca en este Libro con el renombre de ilustrado, no por el lustre que de nuevo adquiere, sino por el caos del olvido, de que sale à la luz publica. (Gumilla 1741, xxv)

Es igualmente revelador que se trate de disociar el discurso edificante del tono científico que Gumilla quiere darle a su trabajo. Así, no es extraño que tanto el tema de la conversión como el de la edificación ocupen el último lugar del título. Siguiendo esta línea, el autor remite al lector interesado en conocer los progresos misioneros a la *Historia General* del padre Cassani que “[va] poniendo en nuestra vista heroicas empresas, singulares ejemplos y virtudes de Varones ilustres que florecieron en aquella mi Apostólica Provincia para modelo y exemplar nuestro”. Gumilla escribe que su propósito es menos glorioso, pues su pluma “apenas se levantará del suelo, ni perderá de vista el terreno a que se aplica, para dar noticia de algunas cosas de inferior tamaño” (xxv). La distancia que lo separa de la tradición escritural jesuita será discretamente anunciada algunas líneas más adelante, con la ambigüedad de la modestia, cuando Gumilla compara su trabajo con otras obras jesuitas del siglo XVII, a las que califica de superiores, como los *Triunfos de la fe*, de Pérez de Rivas, o *La Conquista Espiritual del Paraguay*, de Antonio Ruiz Maldonado, obras sobre las cuales declara querer “seguir sus huellas (aunque de lejos)” (xxviii). Más que el contenido edificante, lo que debe llamar la atención del lector es la novedad. Con todo, el papel que cumplen el exotismo y las curiosidades en su escritura es, quizás, de mayor importancia que el de su “capacidad de observador ilustrado”.

Gumilla desea hacer ver con su pluma “cosas nunca vistas”, objetos “de inauditas propiedades”, fieras “de extrañas figuras”, pájaros singulares y frutos con formas y sabores diferentes de los de Europa. Su escritura busca seducir y fascinar al lector con lo exótico, lo curioso, lo inexplicable, para, una vez capturada la atención, proceder a la aclaración, la explicación racional. Así es como desarrolla una retórica que va de la captación de la admiración a través de lo maravilloso hacia la explicación detallada, tan propia del conocimiento científico. Sabemos, por una carta escrita desde Roma a un colega de Madrid, que el primer impulso para escribir su obra parece haber sido no tanto disertar para los eruditos sino enseñar y explicar el Orinoco a la duquesa de Gandia y Béjar, gran dama cuya curiosidad el padre Gumilla se complace en satisfacer, y a quien en algún momento pensó dedicar su obra:

Salúdeme mucho, (y sea con cara y frases de pascua) a mi señora la duquesa ... y con las frases más puras que se le ocurra [...] insinúele a su Excelencia cómo todo este invierno me he llevado respondiendo por escrito a las preguntas que me hizo, y a todas quantas se me pueden hazer (que es quanto se puede pedir), de las cuales ha resultado un libro cuyo título es *El Orinoco ilustrado*. Historia natural, civil y geográfica, con la variedad de usos y costumbres raras de aquellas gentes. Sale nuevamente a luz por N. N. Dedicase al grande Apóstol San Francisco Xavier, después de aver resistido a tres graves impulsos de dedicarlo a la señora duquesa de Gandía y de Béjar; pero basta mi buena intención, aunque resistida, para que su Excelencia se digne de tomar la obra en sus manos, que saldrá a más tardar para mayo [...]. (Barnadas [1740-1741], 423)

El rol de la duquesa de Gandia no es anodino, y nos permite, acaso, vislumbrar la importancia que tuvieron los salones de discusión en la génesis de la obra. Con todo, después de su publicación, *El Orinoco ilustrado* estuvo en un principio destinado a circular en el medio erudito madrileño, interesado en la historia eclesiástica y en la historia natural americana, un medio compuesto, esencialmente, de catedráticos, y donde su éxito fue fulgurante. De ello tenemos dos pruebas fundamentales.

En primer lugar, la necesidad manifiesta de una segunda edición, donde Gumilla pudiera ampliar su erudición y defender mejor su punto de vista. Esto parece señalar el autor en la introducción de 1745, cuando anota:

Algunas personas han dificultado, con ánimo de averiguar mas la verdad, y otras, así Españolas como Estrangeras, de la mas sobresaliente Literatura, y de la mas ilustre Nobleza, cultivadas en las bellas letras, se han dignado reconvenirme sobre lo lacónico de algunas noticias, que indican mas fondo del que ligeramente apunté: por lo qual en esta impresion procuraré dar á todos satisfacción, sin detrimento de la brevedad que deseo. (s)

Así, el volumen *in quarto* de 639 páginas que constituía *El Orinoco ilustrado* de 1741 pasa a convertirse en *El Orinoco ilustrado y Defendido* de 1745, de dos volúmenes *in quarto*, de 445 y 436 páginas respectivamente; es decir, un tercio más que en la edición de 1741. La cercanía de esta segunda edición y su aumento prueban el éxito y la acogida unánime de la obra entre el medio erudito español. Uno de los ejemplos más interesantes sobre estas ampliaciones es el pasaje alusivo a los vapores del Guío. Según Margaret Ewalt:

[...] lo que en 1741 comienza como un capítulo que muestra la anaconda como un terrible espectáculo de la naturaleza, se convierte, con pruebas adicionales, en el capítulo más largo y científico de la edición definitiva de 1745. (47)

Una segunda prueba de la acogida de la obra es el elogio que sobre la segunda edición hace el padre Benito Feijoo (1676-1764): sin lugar a dudas, la figura más sobresaliente de la Ilustración española. En un texto escrito probablemente en 1750, a propósito de la lucha contra las supersticiones populares, que fue uno de los “caballos de batalla” del racionalismo, Feijoo escribe de Gumilla y de su obra:

Pero el testimonio más decisivo en esta materia es el del Reverendísimo Padre Maestro José Gumilla, de la misma Compañía, Autor de la bella Obra del Orinoco ilustrado, dada a luz en dos Tomos este año próximo de 1745. Digo que es el testimonio más decisivo por varias circunstancias. La primera es, que habla de lo que vio, y observó por sí mismo en los muchos años que ejerció el sagrado ministerio de Misionero en varios Países de la América Meridional. La segunda, que los oficios que obtuvo de Superior de las Misiones del Orinoco, Meta, y Casanare, Provincial del Nuevo Reino de Granada, y el que hoy ejerce de Procurador a entrambas Curias por dichas Misiones, y Provincia, constituyen un testigo muy superior a toda excepción. La tercera, y principalísima es, que sus mismos Escritos hacen visible, que es dotado de una justa crítica, y de conocida veracidad. (164-165)

Gumilla no es solamente un testigo conspicuo, sino que habla “de lo que vio y observó por sí mismo”, lo cual viene a recalcar el espíritu científico empirista propio de la Ilustración. La moderación del catolicismo ilustrado, sin embargo, asocia el deseo de novedades y curiosidades al espíritu filosófico francés, en el cual reinan el libertinaje y la perversión. La razón sin moralidad conduce, para ellos, al fanatismo y a la incredulidad. Cassani, quien como Luzán fue censor de la Inquisición, escribía en 1744 lo siguiente, en su censura del *Viaje de Pablo Lucas*:

Los franceses se mueren por estos libros y yo rabio si los tomo en la mano. Éstas son relaciones que forman estos viajantes (su propio nombre es vagabundos) y en ellas dicen que han visto palacios debajo de la tierra, ruinas en edificios de cuatro leguas de circuito, animales feroces, águilas de cuatro alas, serpientes sin cabeza y otras cosas, con que se debe dudar mucho si han visto lo referido con los ojos o con la fantasía. (AHN, I, 4425-5)



Contrariamente a lo que ocurrirá en Francia, como veremos a continuación, no es el exotismo de la relación lo que retiene principalmente la atención de los lectores españoles, para quienes la aversión por las novedades es patente; al menos en los medios eruditos.

En Francia, la década de 1740, durante la cual aparecen las dos primeras ediciones ya mencionadas del *Orinoco ilustrado*, es crucial en la historia de las ideas. En el espacio de un año se publican algunas de las obras más importantes del Siglo de las Luces. Así, *El espíritu de las leyes*, de Montesquieu, aparece en Ginebra a finales de 1748. En el mismo año Buffon publica su primer volumen de *Historia Natural*¹, que sienta las bases epistemológicas de las nuevas ciencias naturales, ya liberadas del dogma religioso. Rousseau publica en 1749 su famoso *Discurso sobre las Ciencias y las Artes*; Condillac, su *Tratado de los Sistemas*; y D’Alambert, sus *Investigaciones sobre la precisión de los Equinoccios*. La primera recepción de la obra de Gumilla en Francia se sitúa, justamente, en torno a la polémica sobre la figura de la Tierra y las medidas equinociales, y, por ende, dentro del contexto de los descubrimientos geográficos, aunque su divulgación en círculos más amplios se debe, en gran parte, a los jesuitas y a sus seguidores. Veamos esto con más detalle.

Dos circunstancias extraordinarias, y casi simultáneas, contribuyeron a la llegada del *Orinoco ilustrado* a Francia. La primera es el descubrimiento en 1740, por el jesuita Manuel Román (amigo y compañero de Gumilla), de una comunicación fluvial entre el Orinoco y el Amazonas. Desafortunadamente, Gumilla solo estuvo al corriente de ello a su regreso a la Nueva Granada, en 1743: demasiado tarde para que la corrección de la segunda edición (1745) alcanzara a llegar a España (Backer 297). Una segunda circunstancia es la coincidencia de este descubrimiento con la expedición de

1 De aquí en adelante, a excepción de unos cuantos, los títulos originales de las obras y los periódicos citados han sido traducidos al español, para comodidad del lector. Remito, pues, al final del artículo, donde se encuentran, en orden cronológico y de acuerdo con las fechas citadas en el texto, los títulos originales de las principales obras utilizadas como fuente. Los textos citados han sido, igualmente, traducidos del francés, incluyendo la versión francesa del *Orinoco ilustrado*, que aparece en itálicas cuando es traducción mía.

La Condamine a América del Sur (1743-1745). Cuando el sabio francés, de regreso a Europa, leyó en público su discurso geográfico sobre el Amazonas ante la Academia de Ciencias de París, el 28 de abril de 1745, ya estaba al corriente del descubrimiento del padre Román. En efecto, un miembro de su expedición, el señor Bougier, había salido del Ecuador, por tierra, hasta la Nueva Granada, y de allí, remontado el río grande de la Magdalena para, en Cartagena, embarcarse de regreso a Europa. Bougier se entrevistó en la villa de Honda a finales de agosto de 1743 con un padre jesuita que le informaba, de parte de Gumilla, recientemente llegado a Santafé, sobre aquel descubrimiento (*Mémoires*, febrero 1748: 370). Es posible que Bougier haya recibido un ejemplar de la primera edición del *Orinoco ilustrado* en esta ocasión, y que se trate del primer francés, junto con La Condamine, en haber leído el libro de Gumilla.

Dos años más tarde estos hechos fueron divulgados al público culto, junto con una primera reseña de la obra en el célebre periódico *Mémoires de Trevoux*. También llamadas “Memorias para la Historia de las Ciencias y de las Bellas Artes”, *Trevoux* fue un periódico concebido por los jesuitas franceses en 1701 para publicar todo lo que pareciera curioso, teniendo en cuenta el objetivo edificante y apologético de la religión. Se trataba de satisfacer las cada vez más crecientes necesidades de novedad y curiosidad de las clases superiores, los nobles, los funcionarios y los miembros de las profesiones liberales. Sin embargo, ni el corte ideológico del periódico —próximo al partido devoto— ni su estilo —poco polémico— eran del gusto de los sabios ni de los filósofos ilustrados. Voltaire decía de este periódico que lo conformaban “tontos traductores, tontos compiladores, tontos autores y aún más tontos lectores” (Hatin 264). Con todo, su rol, como el de tantas otras revistas del mismo corte, fue importante en el proceso de la ilustración europea, pues contribuyó al desarrollo de lo que, como hemos visto, algunos académicos denominan “la revolución de la lectura”.

Esto es lo que observamos en la reseña sobre Gumilla, publicada en un largo artículo de 75 páginas en los números de enero y de diciembre de 1747 y de enero de 1748. El autor, anónimo, parece entusiasmado por las informaciones y novedades contenidas en la obra, pues concede que:

[...] la diligencia con la cual el público recibe las relaciones de viaje y las Historias de las diferentes partes del mundo, forman un feliz prejuicio en favor de la obra [...]. Los *amateurs* de maravillas encontrarán de que nutrir y contentar su afición. (*Mémoires*, enero 1747: 2321)

Para el comentarista, desafortunadamente, la obra no estaba escrita en francés, lengua paradigmática del europeo ilustrado, del buen gusto y de la ciencia. *Trevoux* deplora que la lengua sea el español, una lengua “que no está mucho a la moda” (2343). Por ende, y al tratarse de un libro aún no traducido, la reseña busca —como es el caso, por cierto, de muchos periódicos de la época— hacer su resumen detallado y extraer la mayor cantidad de contenido interesante. Como escribe el periodista: “cada uno de los capítulos de esta Historia nos proveen de un cuadro diferente”, así pues, figuran las excesivas privaciones que los otomacos infligen a sus hijas antes del matrimonio; o el hecho de que “una mujer que tiene dos hijos a la vez se expone al resentimiento de su marido que la considera sospechosa de infidelidad”; o la excentricidad de los ritos funerarios de los sálivas, y la tranquilidad —o más bien la estupidez— con la que esperan la muerte: tal es el caso de aquel viejo padre de familia, quien, como un “perfecto estoico” y cansado de “una vida inoportuna”, pide a sus hijos que lo entierren vivo; o el nomadismo de los guahibos y chiricoas, “que realizan las maravillas fabulosas de los Caballeros andantes”; o, más aun, las pruebas extravagantes que practican los indios para hacerse capitanes, como, por ejemplo, pedir ser cubiertos de hormigas (2343). “No creemos —comenta el periodista— que existan en Europa oficiales suficientemente aficionados a las distinciones y los honores para comprar a tal precio sus grados militares” (*Mémoires*, diciembre 1747: 2510).

El periódico jesuita comenta, así mismo, las teorías de Gumilla sobre el origen de los indios, de las lenguas indígenas, así como sobre las razones de la caída demográfica americana. Como veremos, la teoría de la despoblación del Orinoco constituye el eje de discusión en torno al cual girará más tarde el interés de los eruditos y de los filósofos por la obra del misionero jesuita. Sin embargo, *Trevoux* es aquí bastante próximo de la ideología dominante del partido reaccionario al racionalismo

del siglo XVIII francés, y ensalza, con el mismo tono apologético tan común entre los autores jesuitas del siglo XVII, la idea cristiana de civilización. Hablando de las depravaciones de los Indios de Orinoco, el artículo concluye:

Todos estos horrores desaparecen a medida que el Cristianismo se introduce en estos pueblos. La Religión pone todo en orden, permite y depura la razón, devuelve al hombre su humanidad, inspira y embellece los sentimientos naturales [...]. Su número aumenta, se crean nuevas poblaciones que reconocen las leyes. (2524)

Antes de la traducción al francés, una segunda reseña fue publicada en enero de 1756 en el *Journal Etranger*, a cargo del ex jesuita Freron, discípulo de uno de los grandes críticos literarios de la época: el también ex jesuita Desfontaines. El periódico, aunque del mismo corte que *Trevoux*, adopta un tono más reprobatorio. Las críticas del ex jesuita parecen dirigirse más a los aspectos formales de la obra, como si su distancia con la Compañía le permitiera estar más al tanto de lo que podía interesar al lector ilustrado. Freron (1756) escribe que, a pesar de la “ternura apostólica” de Gumilla:

[...] los detalles en los que necesariamente se detiene con respecto a su profesión de misionero, vuelven la obra algunas veces monótona aunque deja de serlo para aquellos a quienes les interesa tanto como a él este tipo de temas. Por lo demás, no es necesario recalcar cuanto trabajo y atención ha debido costarle escribir su obra para desterrar el desorden, la confusión y la lentitud. (45)

En 1758 aparece, finalmente, la traducción francesa del *Orinoco ilustrado*, bajo el título *Histoire Naturelle civile et géographique de l'Orénoque*. No sabemos a ciencia cierta qué motivó esta traducción, pues, por un lado, el editor de la obra, la librería e imprenta de los sucesores de la viuda de F. Girard en Avignon, trabaja en estrecha colaboración con la Compañía de Jesús, y, por el otro, el traductor de la obra es un colaborador de Diderot, cuyo partido se enfrentaba por entonces con los seguidores de la moderación filosófica del cristianismo ilustrado, patente tanto en los escritos de *Trevoux* como en los de Freron.

La coincidencia de temas científicos al mismo tiempo que religiosos es una constante entre los jesuitas, interesados tanto en la pedagogía y en la vulgarización de la ciencia como en la de la moral y la fe católicas. En efecto, algunos de los libros publicados por F. Girard eran de carácter científico y se vendían, al igual que la obra de Gumilla, en la librería parisina de Desaint & Saillant. Era el caso de los del jesuita Pezenas, astrónomo y matemático de la escuela de hidrografía de Marsella: una *Práctica de pilotaje*, una *Memoria de matemáticas y de física* (1755) un *Diccionario de Ciencias y de Artes* (1756), unos *Elementos de Astronomía para el uso de marineros* (1756) o una traducción de un *Curso completo de Óptica* (1767). A su lado encontramos otros libros del jesuita Henri Paulian, profesor de física del colegio de Avignon, como una *Guía para jóvenes matemáticos con lecciones del abate de Lacaille* (1766), un *Diccionario de Física* (1760-1768) o el interesante *Sistema General de filosofía extraído de las obras de Descartes y de Newton* (1769). Con ellos se mezclan obras de carácter devoto y edificante, como un *Tratado de disciplina religiosa*, traducido de Thomas Kempis, o *El Sentimiento afectuoso del alma hacia Dios*, del caballero Lasne d'Aguebelles (1763), así como decenas de otros títulos del mismo tenor. Esta alianza entre fe y razón, tan típicamente jesuita, es una prueba de la complejidad del fenómeno ilustrado en Francia y de las múltiples facetas que este puede representar. Sin embargo, hay una ruptura muy clara entre este tipo de Ilustración y la que practicaban los racionalistas duros. Quizás, el libro más interesante de los que fueron publicados por Girard en esta época, y que nos permite comprender la posición ideológica de los jesuitas, sea una obrita del abate Chaudon, publicada en 1767 bajo el título *Diccionario anti-filosófico para servir de comentario y de corrección al Diccionario filosófico de Voltaire y a otros libros que han aparecido en nuestros días contra el cristianismo*.

En cuanto al traductor, Marc Antoine Eidous (1724-1790), claramente hay que situarlo más próximo al racionalismo radical que al partido jesuita. En efecto, Eidous es conocido tanto por sus textos libertinos como por su cercanía con Diderot. Se sabe, por ejemplo, que estuvo “embastillado” por la virulencia de sus textos pornográficos en la vena de un Aretino, y que fue, así mismo, el traductor, con Diderot, del *Diccionario Universal de*

Medicina (1746), uno de los primeros trabajos importantes del filósofo francés (Feller 3: 309). Aun así, Eidous no hace verdaderamente parte del mundo intelectual parisino. Es, por así decirlo, un subalterno del mundo de la edición, un polígrafo prolífico que vive, esencialmente, de la traducción de obras de corte muy variado. Con todo, sus constantes son el exotismo y los relatos de viaje, las obras que suscitan cada vez más interés entre los lectores no especialistas. Así, por ejemplo, traduce del inglés una *Historia de la China* (1766), *Un Viaje al Levante de Federico Hesselquist* (1769) y una *Historia de Rusia de Mikhail Vasil'evich Lomonosov* (1772). Como traductor, su reputación es bastante mediocre. Grimm, el gran amigo de Diderot, explica, por ejemplo, que Eidous no necesitaba sino quince días para traducir un volumen (Diderot y Grimm 7: 150). Otros contemporáneos lo catalogan como un traductor “más que mediocre”, cuyos trabajos “tienen la huella de una rapidez funesta para el buen gusto” (Feller 3: 309).

Es claro, pues, que, a pesar de la colaboración de Eidous, la obra de Gumilla se inscribe completamente en la órbita jesuita. Efectivamente, en su advertencia del traductor Eidous cita el artículo de Freron (aparentemente, conocido y amigo suyo) de 1756, lo cual nos hace sospechar que es, quizás por influencia de Freron, que Eidous traduce la obra del misionero (Gumilla, 1758, 1: 6). O por el contrario: quizás la reseña de Freron sea posterior al trabajo de traducción, aunque anterior a la publicación de 1758. Como sea, las modificaciones hechas a la obra original española parecen coincidir con la crítica hecha por Freron en su artículo: el contenido teológico de la obra es aburrido para el lector.

Paradójicamente, es esta misma crítica, aunque velada y discreta en Freron, la que aparecerá unos años después, cuando la obra es presentada para obtener las debidas aprobaciones y licencias reales. Como es sabido, la dirección de la censura estaba por entonces en manos de Malesherbes (1750-1763), hombre liberal y bastante favorable a las ideas del partido enciclopedista, dirigido por Diderot. Esto explica el subsiguiente conflicto editorial entre el partido jesuita y la censura. El encargado de expedir la licencia, el señor de la Grange de Chécieux, hace saber, por una carta al editor, que “vería a propósito suprimir todas las disgresiones teológicas así

como los hechos que el autor considera milagrosos.” El editor marsellés Dominique Sibié se opone a ello en una carta de junio de 1757, dirigida al mismo Malesherbes, y en la que le ruega reconsiderar su decisión, pues “[...] las supresiones propuestas presentarían un perjuicio considerable a la obra, y que de hecho el autor es demasiado ortodoxo para proclamar sentimientos y hechos contrarios a la fe de la Iglesia [...]”, razón por la cual pide “[...] un segundo censor de la facultad de teología para el examen de las materias que tocan a la Religión [...]”, puesto que “[...] los temas que el señor de la Grange juzga a propósito suprimir son de una extrema importancia para los misioneros que trabajan en la conversión de los idólatras americanos” (BNF, FF 22144: 56)².

El mismo año de esta publicación al francés, dos artículos le son consagrados en revistas projesuitas francesas. El primero es de diciembre de 1758; nuevamente de la pluma de Freron, pero esta vez, en su *Année Littéraire*, periódico desde donde se consagra a atacar a los miembros de la Enciclopedia y a defender la Religión y el *statu quo*. El artículo tiene el mismo tono que el publicado en 1756, y trata *in extenso* de los dieciséis capítulos que componen la parte etnográfica de la obra. Su carácter “exótico” es lo más susceptible de interesar al lector no erudito, pues, como dice: “estos cuadros de costumbres extranjeras que nos parecen extrañas es muy gracioso para los lectores filósofos y para los que no lo son” (349).

Más interesante es la segunda reseña, publicada esta vez por *Trevoux* el año siguiente, aunque tampoco se propone ninguna crítica de fondo sobre las ideas del autor. Se plantea, ante todo, una crítica formal de la traducción que deja translucir la misma propensión editorial por la búsqueda de un lector estándar. El periodista deplora que el traductor no haya hecho aún más cortes de la versión original, pues explica que “el libro español traducido en su totalidad no sería del gusto de nuestra nación [...] y que la obra reducida de un tercio hubiera sido más agradable a la lectura [...]”,

2 FF: Fondo Français. Aunque el fondo documental se llama *Fondo Malesherbes*, aparece con la nomenclatura del Fondo Français en la Biblioteca Nacional de Francia (nota del editor).

razón por la cual hubiera sido eficaz suprimir “[...] varias disertaciones poco interesantes o incluso totalmente inútiles” (*Mémoires*, 1759, 640). Sin embargo, las supresiones propuestas por *Trevoux* no necesariamente corresponden a las que propone la censura. Mientras que las últimas atacan las digresiones en materia de trabajo misionero y de religión, las de *Trevoux* se refieren más a las largas disertaciones de corte naturalista y científico, como el extenso capítulo sobre las serpientes.

La traducción contiene, así mismo, “varias construcciones sospechosas, [...] frases viciosas, y [...] faltas de lengua”, como también, algunas inexactitudes, libertades y contrasentidos (640). En este orden de ideas, es interesante notar cómo la lectura de *Eidous* transforma al indio en un ser aún más salvaje de aquel que nos pinta el misionero. Hablando de uno de los remedios usados entre las indias de la nación Guamo, Gumilla (1745) escribe:

[...] luego que ven enfermo á algun hijo suyo de pecho, ó algo mayor, pensando ciegame, que no hay otro remedio para que sane, toman una lanceta de hueso muy amolado, y con ella se traspasan la lengua: ¡con cuánto dolor! ya se ve. Sale la sangre á borbotones, y á bocanadas la van echando sobre sus tiernos y amados hijos estendiéndola con la mano desde la cabecita hasta los piés [...]. (1: 164)

He aquí como *Eidous* interpreta el texto de Gumilla:

[...] Las Indias guama no se dan bastante cuenta que sus hijos están enfermos (la edad les importa poco) que imaginándose ciegame que no hay otro remedio para sanarlos, toman una lanceta de hueso bien amolado y con ella les traspasan la lengua [...]. (*Mémoires*, 1759, 642)

El texto español no dice en ninguna parte “que la edad les importa poco”, y, además, es sobre su propia lengua, y no sobre las de sus hijos, donde las indias infligen esta acción. Otro contrasentido denunciado por *Trevoux* aparece cuando Gumilla cuenta, en un aparte consagrado a los leones americanos, que se había traído de Caracas a Cádiz “un feróz salvaje para la leonera del Rey”. *Eidous* escribe que se había llevado al rey de España un “salvaje feróz”. Sería, comenta *Trevoux*, “una gran novedad, que se pusiera a un hombre salvaje en una jaula para fieras: sería un rasgo de barbarie,

capaz de deshonorar a un príncipe o a la nación que así lo hiciera” (642). Los contrasentidos de Eidous no son solamente errores de traducción, sino que constituyen una lectura fantasmática del hombre americano, a partir del acervo literario europeo que favorece el exotismo — pensemos en la inmensa popularidad de la *Historia Universal de los Viajes*, del abate Prevost, la cual desde 1746 captura la atención de todo tipo de lectores— y de la propia retórica de Gumilla que puede operar una lectura negativa que confunde deseo y realidad.

Todos estos elementos nos permiten pensar que, contrariamente al caso de España, donde la obra es recibida desde el principio con alabanzas, en Francia su primera recepción es más compleja. El libro no parece entrar en la categoría de las traducciones científicas ni en la de las ediciones eruditas. A este respecto, por ejemplo, es interesante comparar el formato de las dos ediciones españolas con el de la edición francesa. El libro francés es editado en tres volúmenes *in doce* (es decir, lo que hoy podría llamarse formato de bolsillo), mientras que el formato español es el tradicional *in quarto* de los libros eruditos. Así, la edición francesa parece, más bien, pertenecer a esa clase de libros “interesantes” que apasionaban al cada vez más numeroso público culto, y que eran publicados descuidadamente con la febrilidad de una rebotante actividad editorial. Esta idea es la que sostiene *Trevoux* en su artículo de 1759, pues “verdaderamente, las relaciones de viaje no exigen ni la fineza, ni el colorido de un discurso académico” (640).

Ahondemos ahora un poco más en las lecturas eruditas de la obra de Gumilla. Ya hemos visto cómo en España el éxito de las temáticas científicas le vale a la obra una acogida importante. Pero no será sino a partir de 1758, año de la edición francesa, cuando la obra encontrará una cierta acogida en el mundo científico europeo, por la atención especial que porta Gumilla a las ciencias naturales y a la etnografía. Esta acogida se debe, en gran medida, al rol de los Países Bajos, donde la libertad para publicar atrae a la vanguardia intelectual. La tradición de estos como refugio de librepensadores es una de las más antiguas de Europa. Pensemos en el caso de Erasmo de Rotterdam o el de Descartes, quien en 1629 huyó del asedio parisino

a Holanda, donde escribió la mayor parte de sus obras. También debemos recordar el caso de Pierre Bayle (1647-1706), uno de los grandes precursores del movimiento enciclopedista tanto en Francia como en Holanda.

Antes de entrar en el estudio de los autores que citan a Gumilla en sus obras, detengámonos un momento en la prensa. Los periodistas y gacetistas de Ámsterdam y de La Haya gozan de una libertad como no existe en ningún otro país europeo. Y son, sin duda alguna, los periódicos holandeses (la mayoría, publicados en lengua francesa) los que abastecen a todo el resto de Europa de nuevos razonamientos científicos, filosóficos y políticos. Tres fueron las reseñas del *Orinoco ilustrado* publicadas en Holanda. Son, generalmente, mucho más sintéticas que las francesas, y se interesan más en el pensamiento del autor y en sus teorías. Esto tiene una razón primordial, que vale la pena subrayar: los lectores son, por lo general, académicos y científicos, y el objetivo de las reseñas es suscitar el interés por procurarse los libros descritos, muchas veces falsificados o reproducidos sin licencia por los libreros holandeses o belgas.

El primer artículo se encuentra en los números de septiembre y octubre de 1758 del *Journal des Savants*, un periódico mensual, originariamente francés, retomado en Ámsterdam entre 1754 y 1763, y que circuló por todas las academias europeas, salvo en Francia, donde estuvo prohibido hasta 1816 (Hatin 215). La reseña que nos ocupa es un corto resumen del artículo de *Trevoux* de 1747. Una segunda reseña apareció en La Haya en la *Bibliothèque de Sciences et de Beaux Arts*, en diciembre de 1758. Es extremadamente breve (veinte líneas), y llama la atención del lector sobre aspectos científicos que se discutían por entonces en Europa: el color de los negros, las teorías sobre la forma como los primeros hombres pasaron a América, y teorías sobre las causas de la disminución de la población americana. La última reseña —sin lugar a dudas, la más interesante— fue publicada en Lieja el año siguiente, en el *Journal Encyclopédique*, periódico cercano a los filósofos franceses que contaba entre sus colaboradores con el abate Prevost y con Voltaire. El artículo, de veinte páginas, resume la posición ambigua de los pensadores ilustrados frente a este tipo de “relaciones interesantes”. Por una parte, se critica la calidad de observación de los jesuitas, y,

por otra, se utilizan, de todas maneras, sus informaciones etnográficas para construir las nuevas ideas universales sobre la humanidad y la alteridad. El artículo deplora que no haya viajeros suficientemente filósofos e ilustrados, capaces de describir los países lejanos, pues quienes viajan y hacen indagaciones interesantes, como un La Condamine, un Le Monnier o un La Caille, lo hacen más “como geómetras que como filósofos”, y dejan de lado el estudio del hombre, pues “la historia natural siempre a sido preferida a la historia moral”. Tal circunstancia ha obligado a los filósofos a buscar “los conocimientos que les faltan en las relaciones de marinos, de mercaderes y de misioneros”. Pero los misioneros, ¿“son acaso capaces de ver convenientemente y de proveer buenas observaciones?” La respuesta es, obviamente, negativa, pues son más cristianos que filósofos y “se han propuesto menos el conocer a los hombres que el convertirlos. Para el primer objetivo es necesario un talento que le falta a la mayoría. Para el segundo no es menester más que celo y la Providencia hace el resto” (1 parte 3: 73-75). La obra de Gumilla es, pues, una de esas relaciones interesantes en las que “sería imprudente confiar”, por encontrarse en ella “cantidad de hechos absurdos, disertaciones aburridas que entrecortan el discurso en varios lugares, y que están llenas de todos los viejos errores de la Escuela.” Sin embargo, se considera necesario acordarle un mínimo de confianza al autor, pues aunque el lector tienda a pensar que sus observaciones son “el producto de una imaginación asustadiza”, el periódico reconoce cómo “el padre Gumilla no relata más que lo que ha visto”, y que el libro “merece ser leído, salvo la disertación en la que se esfuerza por justificar la conquista de los Españoles [...]” (2 parte 1: 99).

Es más que probable que las posteriores lecturas eruditas de Gumilla hayan tenido como punto de partida las reseñas holandesas, pues todas contienen, ya en germen, los temas que desarrollará luego la academia, tan atenta por entonces a las ideas que luego darían nacimiento a la antropología física del siglo XIX. Así, por ejemplo, el pasaje donde Gumilla habla de la existencia de una pequeña negrita manchada de blanco, propiedad de una de las haciendas de la Compañía de Jesús en Cartagena, llama la atención de varios sabios europeos. Tal es el caso de la obra de un cirujano de Ruán,

el señor Le Cat, publicada en Ámsterdam en 1765, bajo el título *Tratado del color de la piel humana*. El autor discute la explicación que da el jesuita, fundada en la teoría agustiniana de la imaginación:

Este singular fenómeno — escribe irónicamente Le Cat refiriéndose a Gumilla—, no tenía otra causa sino el de una perra variopinta que la negra quería mucho y que llevaba siempre con ella [...]. Partiendo de este principio, una mujer blanca en cinta, muy marcada por la presencia de un perro negro, puede dar a luz a un niño negro [...]. Hay en estas partes del mundo algunas historias infantiles de esta especie. (21)

En 1769 otro sabio francés amigo de Diderot, Jean Delisles de Sales, cita el mismo caso en su *Filosofía de la naturaleza o tratado de moral para el genero humano*, y tilda las ideas de Gumilla de “disparates piadosos” (*De la Philosophie*, 1789, 5: 46). En 1772 el mismo caso llega a oídos de Buffon, quien lo reproduce en su *Historia Natural*, sin hacer la más mínima referencia a Gumilla, pero representando en un grabado a la misma negrita de Cartagena al lado de su madre.

Pero no solo las ciencias naturales y la antropología física se interesan en el *Orinoco ilustrado*. Algunos aspectos etnográficos son citados por los filósofos franceses, ya sea en su afán enciclopedista por conocer la diversidad de costumbres de la humanidad, ya sea como recurso retórico para la sátira filosófica, pues resulta más sencillo poner en boca de un extranjero imparcial, o en la de un salvaje, las críticas de las injusticias y las supersticiones nacionales. Uno de los pasajes de Gumilla tuvo una célebre posteridad gracias a Diderot. Se trata del discurso de una india del Orinoco que mata a su hija recién nacida para evitarle la servidumbre que sufren las indias por parte de sus maridos. La primera referencia la encontramos en una obra de D’Holbach, publicada en Ámsterdam en 1762, escrita en colaboración con Diderot y titulada *La Antigüedad revelada por los usos o examen crítico de las principales opiniones, ceremonias e instituciones religiosas y políticas de los diferentes pueblos de la tierra* (Boulanger, *L’Antiquité*). Aquí es palpable el enfoque comparatista sincrónico que operan los intelectuales de la época, y que se inscribe en una óptica contraria a la del jesuita Lafitau, quien escribe en 1724 su famoso *Costumbres de los Indios americanos comparadas a las*

costumbres de los primeros tiempos. El objetivo de Diderot es deshacerse de los prejuicios de los antiguos para lograr una mejor lectura de la historia de la humanidad.

Más retórico y controvertido es otro texto donde Diderot se extiende sobre la condición de la mujer. Se trata de su famoso artículo “Mujeres”, de la *Enciclopedia*. En una carta escrita a Grimm en 1772, que anuncia este artículo, el filósofo cita de nuevo la anécdota de Gumilla; esta vez no para mostrar la particularidad de las costumbres salvajes, sino para subrayar la generalidad del hecho: la sumisión de la mujer es universal (Diderot y Grimm 8: 11). Diderot se servirá nuevamente de esta anécdota en 1780, en la *Historia de las Dos Indias*, del abate Guillaume-Thomas Raynal, detrás de quien aparece, igualmente, el rastro inconfundible de su pluma (Backer 296; Duchet, *Diderot* 75). Esta cita se encuentra dentro del contexto original en el que Gumilla la había utilizado; es decir, para explicar la despoblación del Orinoco.

Uno de los aspectos más interesantes de la recepción erudita de las ideas de Gumilla concierne, justamente, al tema de la demografía americana, y, en particular, a la pregunta sobre si la colonización española es la causa de la disminución de los indios. Ya hemos visto cómo ello es citado en el artículo de *Trevoux* de 1747 y en el de las *Bibliothèques des Sciences et des Arts*, de 1758. Esta temática hay que situarla en torno a la Leyenda Negra que los países protestantes generaron desde el siglo XVI hacia la Conquista y la colonización españolas. El siglo XVIII retomará esta tradición para criticar la postura colonialista. La polémica es ya palpable desde la primera edición del *Orinoco ilustrado*, donde Gumilla, como buen apologista de las misiones, reconviene al autor de la *Geografía Universal*, de 1725, el sabio francés Charles Noblot, quien sostiene que las causas principales de la disminución demográfica son la crueldad de los españoles y su impericia para organizar y desarrollar sus colonias. Tal será el caso, más tarde, de Diderot y de Raynal, en la *Historia de las dos Indias*, donde, tal como ya vimos, se cita a Gumilla.

Pero, quizás el caso más paradójico e interesante sea el de Cornelius de Pauw, un sabio holandés reconocido por sus trabajos sobre los

indígenas americanos. Después del jesuita Laffitau, citado más arriba, es a Pauw a quien debemos el apelativo de gran especialista en materia de etnología americana; particularmente por su libro *Recherches Philosophiques sur les Américains* (1768-1774) y por su artículo “América”, publicado en el *Suplemento de la Enciclopedia* de Diderot en 1776. Como fuentes de primera mano, Pauw (1776) se sirve de las obras de cronistas antiguos, como Herrera, Acosta, Blas Valera, Garcilaso o Las Casas, crónicas sobre las cuales es siempre crítico y escéptico:

No nos hemos propuesto aquí seguir —escribe Pauw en la *Enciclopedia*—, las antiguas relaciones dónde junto a la credulidad infantil se suman los delirios de los viejos [...] y donde nada es estudiado en profundidad. (344)

Su escepticismo se extiende, igualmente, hacia los relatos de viaje de militares y naturalistas, a excepción de algunos sabios del siglo XVII. Pauw manifiesta aquí exactamente la misma crítica que le había hecho el *Journal Encyclopédique* a Gumilla en 1759. Entre la inmensa cantidad de detalles que proveen las relaciones “han pasado falsedades de las cuales algunas son perfectamente conocidas y otras se conocerán a medida que los viajeros se vuelvan más ilustrados [...]”, pues “la mayoría de los que han hablado hasta hoy son monjes y hombres que no merecen el título de filósofos” (351). Tratándose de los brujos indígenas, por ejemplo, Pauw reprocha a las crónicas jesuitas su “racionamiento imbécil sobre la teología de aquellos pretendidos sacerdotes [...]”, en vez de “atraerlos con presentes y procedimientos generosos a comunicarles las propiedades de las plantas que usan con gran sabiduría en sus medicinas” (352).

Todas estas observaciones son comparadas con las experiencias y los puntos de vista de sabios y naturalistas europeos como Lineo, Buffon, Hume y Voltaire, a quienes Pauw cita como autoridades absolutas. Sin embargo, y a pesar de su recelo hacia las crónicas jesuitas, la lectura de Gumilla tuvo un papel importante en la teoría que Pauw desarrolla sobre la degeneración natural de los indios, como lo demuestran las numerosas citas que, de manera velada o manifiesta, el sabio holandés hace a lo largo de su extenso trabajo a partir de la traducción francesa del *Orinoco ilustrado*.

Uno de los argumentos principales que el jesuita utiliza para explicar la disminución de la población del Orinoco es el uso de los venenos. Y no es tanto la calidad científica de los argumentos, sino la insistencia retórica y la configuración misma de la estructura de la obra, lo que, poco a poco, hace mella en Cornelius de Pauw. Es interesante señalar cómo el segundo volumen de la edición de 1745 consagra siete largos capítulos al tema del veneno y de las alimañas venenosas, dejando en el lector una impresión negativa. Gumilla es consciente de ello cuando escribe:

[...] para evitar el horror y aversión, que con la lectura de este Capítulo, y de los dos antecedentes, y quatro siguientes, podría concebirse al terreno que cría tan fieros monstruos, reconozco importante el prevenir, que la impresión que causa la vista de aquellos, es muy diversa de la que causa su representación, y el caso es muy otro de lo que aquí parece, sin el menor agravio á la verdad de esta Historia: porque toda aquella multitud de venenosos *buíos*, *culebrones*, *insectos*, *guacaritos* y *caymanes*, se reconoce aquí epilogada y reducida á pocos pliegos, é imprime en la mente, en corto tiempo, un enorme agregado de especies, sobre manera melancólicas, fatales y retraentes, las quales precisamente han de engendrar en los ánimos una notable aversión hacia aquellos Países, y una firme resolución de no acercarse á ellos; pero es muy fácil de disipar y desvanecer este melancólico nublado; porque todo este torbellino de especies funestas, que estrechadas á breves páginas, espanta; no es así allá en sus originales, á causa de no estar ellos juntos y amontonados en un Lugar, en una Provincia, ni en solo un Reyno [...]. (2: 176)

Es, sin duda, lo que le ocurre al memorialista de la reseña de 1759, estudiada más arriba, y en la que podemos leer el siguiente concepto del Orinoco:

El río Orinoco alimenta en su seno monstruos mucho más terribles que aquellos que se encuentran en el mar. Las riberas de este río son funestas a cualquiera que pretenda acercarse a ellas; la muerte acecha a cada paso; unas veces son las aves de rapiña, sedientas de sangre humana y que persiguen a los viajeros que felizmente consiguen escapar a las trampas que les tienden los animales anfibios; otras veces son los frutos que presentan un alimento envenenado, o acaso la triste campiña que riega aquel río exhalando olores pestilentes. En breve, la naturaleza en otros lados tan bienhechora, parece haber reunido en aquel país todo lo que puede contribuir a la destrucción de su más bella obra. (*Journal* 2.1: 84)

La misma lectura, esta vez justificada por la autoridad científica de entonces, es la que retiene Cornelius de Pauw. El sabio holandés extrapola las noticias de Gumilla convirtiéndolas en una generalidad para toda la América meridional, pues entre los relatos de viaje que utiliza para describir esta región (La Condamine para el Amazonas y Ulloa para el Perú) es el relato del jesuita el que reúne más información sobre los animales y las plantas venenosas. Entonces, a partir de la obra de Gumilla, Pauw (1776) deduce su teoría sobre la humedad del clima americano, de un entorno natural degenerado que explicaría los vicios de cobardía, pereza e impotencia que han constatado todos estos viajeros en los indios. Y, de hecho, la humedad es la causa de la escasez de los indios “que era quizás más importante en las partes más meridionales de América que en el norte” (349).

Esto explica —continúa Pauw—, porque la América era el territorio menos poblado del globo terrestre. La animosidad de las comunidades ensañadas en su mutua destrucción, sus armas llenas de veneno, la esterilidad de la tierra, la multitud de serpientes y de animales armados con saliva venenosa, en fin la naturaleza misma de la vida salvaje conspiraba contra la propagación. (52)

La humedad explica también la fisonomía misma de los indios. Según Pauw, tienen la sangre más viscosa y el líquido seminal más espeso. Hasta la leche materna es tan generosa que se da entre los hombres (346). El indio de aquellas regiones está a tal punto en simbiosis con el mundo vegetal que ha “hecho mayores progresos en la botánica que en todas las otras ciencias juntas”, y he ahí una de las razones por las cuales fabrican con tanta facilidad los venenos de sus flechas y domestican las especies vegetales envenenadas (1774, 1: 48).

Para Pauw, esta explicación, que se impone a nosotros como fantástica, se sustentaba racionalmente. Estaba fundada en la autoridad de las observaciones de los viajeros, entre las cuales las que escribe Gumilla son esenciales. Además, las deducciones hechas sobre los indios estaban basadas tanto en las observaciones científicas de Buffon y de Lineo como en las teorías climáticas, tan a la moda en la época.

¿Qué diferencias se podrían hacer, entonces, entre lectura erudita y lectura culta? ¿Acaso no funcionan el europeocentrismo y la ideología colonial de la misma manera en las mentes de los sabios y en las de los lectores menos entendidos? Es claro que en ambos existen discursos equiparables, que avalan tanto la superioridad europea como la nueva racionalidad del colonialismo. Pero también es patente que el análisis de los discursos debe ir a la par con los procesos de producción y de circulación de los textos en que se manifiestan, y que es preciso tener en cuenta su historicidad. Aunque las preferencias del público ilustrado se pueden distinguir claramente de la selección de las lecturas e informaciones de los filósofos y eruditos, es preciso reconocer, para el caso del *Orinoco ilustrado*, una correlación que no deja de ser compleja y ambivalente.

Aunque la lectura erudita es menos desinteresada y más concertada, y aunque manifiesta las exigencias metodológicas de los discursos científicos, filosóficos e históricos de entonces —exigencias que evolucionan en función de sistemas más cerrados de pensamiento o de prejuicios más específicamente determinados— es particularmente en el caso de las prácticas eruditas donde es más palpable la ambigüedad del proceso de recepción. Una de las nuevas exigencias metodológicas que guían las lecturas de entonces es el criterio de veracidad de las relaciones, en las que juega el carácter testimonial y contemporáneo de su producción.

A medida que las noticias se hacen más sofisticadas y la curiosidad por lo extranjero crece, se afinan así mismo los criterios de fiabilidad de los informantes, y la selección entre las buenas y las malas relaciones se hace más sistemática. Esto es patente en el juicio que se hace Cornelius de Pauw sobre Gumilla, aunque, finalmente, sigue flotando una ambivalencia: por un lado, su aversión a las crónicas jesuitas, consideradas llenas de fanatismo, y, por el otro, el crédito que, por tratarse de testimonios recientes, finalmente termina dándoles. Esta ambivalencia es notoria entre todos los eruditos ilustrados, de Voltaire a Buffon. Un ejemplo de ello es la forma como las *Cartas Edificantes* jesuitas fueron traducidas al gusto de los filósofos por Rousselot de Surgy, un sabio que en sus *Memorias geográficas, físicas e históricas sobre Asia, África y América*, de 1767, se propone compilar todo lo que en los jesuitas hubiera

de interesante “suprimiendo los múltiples disparates y prejuicios” (Duchet, *Anthropologie* 79). Lo propio ocurrió, y solo en parte, con la edición francesa de Gumilla: el proceso de traducción de la obra al gusto de la Ilustración francesa parece haberse llevado a cabo dentro del círculo más conservador de las luces francesas, y no desde el partido filosófico. Tanto la traducción y la edición como los juicios de las reseñas nos confirman la existencia de un público lector más amplio, que explicaría la popularidad de la literatura de viaje, y, más adelante, el creciente gusto por el exotismo y la ficción novelesca. Sin embargo, como lo hemos podido comprobar por la presencia de la obra de Gumilla en las bibliotecas de D’Hollbach y de Pauw, *El Orinoco ilustrado* también hace parte de las mejores relaciones jesuitas citadas por los eruditos y filósofos, lo que es ya manifiesto desde su recepción en España.

En cuanto a la forma como son usadas las informaciones de Gumilla, es interesante notar cómo estas se inscriben dentro de las corrientes de pensamiento y las temáticas que están de moda. Mientras que en los periódicos un razonamiento más subjetivo y una noción de gusto resaltan el aspecto introspectivo e individualizante de la lectura, con criterios tan poco afinados y generales como la curiosidad, lo maravilloso o lo exótico, en los salones y círculos eruditos la comunidad científica, muy al contrario, parece animada por cuestionamientos más precisos, que dan cuenta de redes textuales de conocimiento más organizadas. Así, por ejemplo, las obras de De Brosses, Bailly, Pauw, Pernety, Ángel y D’Holbach se preocupan al mismo tiempo por el origen de los indios, la transmigración, las religiones del Antiguo y del Nuevo Mundo y el problema del nacimiento de las civilizaciones. Pero es solo en la medida en que sus noticias confirman las intuiciones científicas y filosóficas de los eruditos que Gumilla tendrá lugar entre las citas y anotaciones de estas obras científicas y filosóficas. En este sentido, el caso de Cornelius de Pauw confirma esta regla y al mismo tiempo la transgrede, pues no solo entresaca informaciones aquí y allá, sino que su malinterpretada lectura del sistema retórico que el propio Gumilla construye en defensa del trabajo misionero y de la colonización española parece, así mismo, inspirarlo, como si finalmente el trastorno de la fantasía contaminara de la misma forma en que lo hacen los prejuicios sistémicos a las teorías de Pauw.

Referencias

FUENTES PRIMARIAS

Archivo Histórico Nacional de Madrid, España (AHN).

Inquisición (I) 4425.

Bibliothèque Nationale de France, París, Francia (BNF).

Fond Malesherbes (FF) 22144.

FUENTES IMPRESAS EN ORDEN CRONOLÓGICO

Barnadas, José María. "Unas cartas desconocidas del P. José Gumilla: 1740-1741". [1740-1741]. *Archivum Historicum Societatis Iesu (AHSI)* 37 (1968): 418-426. Impreso.

Gumilla Joseph S.I. *El Orinoco ilustrado, historia natural, civil, y geographica de este gran rio, y de sus caudalosas vertientes: gobierno, usos y costumbres de los indios sus habitantes, con nuevas, y utiles noticias de animales, arboles, frutos, aceytes, resinas, yervas y raíces medicinales; y sobre todo, se hallarán conversiones muy singulares a N. Santa Fe, y casos de mucha edificación.* En cuartos, XL [paginación del autor], 580p.+19 índice. Madrid: Manuel Fernández, 1741. Impreso.

---. *El Orinoco ilustrado y defendido.* 2 t. En cuartos, XII [paginación del autor], 403p.+4 índice; VIII (paginación del autor), 412p.+16 índice. Madrid: Manuel Fernández, 1745. Impreso.

Mémoires de Trevoux ou mémoires pour l'Histoire des Sciences et des Beaux Arts. 121 (enero 1747): 2319-2345; 130 (octubre-diciembre): 2510-2524; (febrero 1748): 370 383; (marzo): 27-53, 189-191; (marzo 1759): 623-640. [París]: Chez Chaubert. Impreso.

Feijoo, Benito Jeronimo. *Cartas eruditas y curiosas.* T. 3. Madrid: Imprenta Real de la Gazeta, 1750. Impreso.

Luzan, Ignacio de. *Memorias literarias de París.* Madrid: Gabriel Ramírez, 1751. Impreso.

Freron, E. *Journal Etranger ou notice exacte et détaillée des ouvrages de toutes les nations étrangères; en faits d'arts, de sciences, de littérature* (enero 1756): 3-46. París: Chez Michel Lambert. Impreso.

Bibliothèque des Sciences et des Beaux Arts 10 (diciembre 1758): 500. Haye: Chez Pierre Gosse Junior. Impreso.

Gumilla Joseph S.I. *Histoire Naturelle civile et geographique de l'Orénoque.* Traducción: Marc Antoine Eidous. 3 t. En doceavos, XVIII +7 d'avertissement -388p. +4 índice; 388p. +4índice; 344p. +4 índice. Avignon: Chez la Veuve de F. Girard, 1758. Impreso.

- Freron, E. *Reseña de Histoire Naturelle civile et géographique del'Orénoque*, por José Gumilla. *L'Année Littéraire* 6 (1758): 327-350. Impreso.
- Journal des Savants combiné avec les Mémoires de Trévoux* (septiembre-octubre 1758): 353-359. [Amsterdam]: Chez Marc Michel Rey. Impreso.
- Journal Encyclopédique par une société de gens de lettres, dédié à Son Alt. Ser. & Emin. Jean Théodore, Duc de Bavière, Cardinal, Evêque & Prince de Liège, de Freyling & Ratisbonne, etc.* T. 1. Parte 3 (1759): 73-84. T. 2. Parte 1 (1759): 82-100. Liège: L'Imprimerie du Bureau du Journal. Impreso.
- Diderot, D y F. M Grimm. *Correspondance Littéraire, Philosophique et critique de Grimm et de Diderot depuis 1753 jusqu'en 1790*. T. 7 y 8. [1753-1790] Paris: Chez Furne, 1830. Impreso.
- Boulanger, M., Barón D'Hollbach. *L'Antiquité dévoilée par ses Usages, ou Examen critique des principales Opinions, Cérémonies & Institutions religieuses & politiques des différens Peuples de la Terre*. Amsterdam: Marc Michel Rey, 1762. Impreso.
- Le Cat, Claude-Nicolas *Traité de la couleur de la peau humaine en général, de celle des nègres en particulier, et de la Métamorphose d'une de ces couleurs en l'autre soit de naissance, soit accidentellement*. Amsterdam, 1765. Impreso.
- Pauw, Cornelius de. *Recherches Philosophiques sur les Américains ou Mémoires intéressants, pour servir à l'Histoire de l'Espèce humaine*. 3 vols. En doceavos, XIV +2 tablas, 406p; 364p; X +378p. [1769-1770] Berlín: Chez G.J. Decker Imprimeur du Roi, 1774. Impreso.
- Diderot, D. *Supplément à l'Encyclopédie*. T. 1. Amsterdam: Chez M.M.Rey Libraire, 1776. Impreso.
- Pauw, Cornelius de. "América". Diderot.
- Delisles de Sales, Jean Baptiste. *De la Philosophie de la Nature: ou Traité de morale pour le genre humain, tiré de la philosophie et fondé sur la nature*. 5 t. Londres, 1789. Impreso.
- Feller, François-Xavier de. *Biographie Universelle ou Dictionnaire Historique des hommes qui se sont fait un nom par leur génie, leurs talents, leurs vertus, leurs erreurs comme leurs crimes*. 6 t. Paris: J Leroux, Joubie et Cie; Gaume frères Libraires, 1848. Impreso.
- Backer, Acker A. de. *Bibliothèque des écrivains de la Compagnie de Jésus*. Liège: Grandmont-Donders, 1858. Impreso.
- Hatin, E. *Histoire Politique et Littéraire de la Presse en France avec une introduction historique sur les origines du journal et la Bibliographie Générale des journaux depuis leur origine*. 8 t. Paris: Poulet-Malassis y De Broise, 1859-1861. Impreso.
- Chaunu, Pierre. *La civilisation de l'Europe des Lumières*. Paris: Arthaud, 1971. Impreso.

- Duchet. *Diderot et l'Histoire des Deux Indes ou l'Écriture Fragmentaire*. París: A. G. Nizet, 1978. Impreso.
- Derozier, A. "Visión cultural e ideológica" en *Centralismo, Ilustración y Agonía del Antiguo Régimen*. T. 7 de *Historia de España*. Ed. Manuel Tuñón de Lara. Barcelona: Labor, 1984. Impreso.
- Duchet, M. *Anthropologie et histoire au siècle des Lumières*. Paris: Albin Michel, 1995. Impreso.
- Puig-Samper M. "Antonio de Ulloa, naturalista". *Actas del II centenario de Don Antonio de Ulloa*. Eds. M. Losada y C. Varela. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos (EEHA) y AGI, 1995. Impreso.
- Saugnieux, J. et al. *Foi et Lumières dans l'Espagne du XVIIIème siècle*. Lyon: Presse Universitaire de Lyon, 1985. Impreso.
- Wilson, A. *Diderot, sa vie et son oeuvre*. París: Robert Laffont, 1985. Impreso.
- Wittmann, R. "Une revolution de la lecture à la fin du XVIIIème siècle" en Cavallo Guglielmo y Roger Chartier. *Histoire de la lecture dans le monde occidental*. París: Seuil, 2001. Impreso.
- Ewalt, M. R. "Frontier Encounters and Pathways to Knowledge in the New Kingdom of Granada". *The Colorado Review of Hispanic Studies* 3 (2005): 41-55. Impreso.

Fecha de recepción: 29 de septiembre de 2010.

Fecha de aceptación: 31 de enero de 2011.